

I Jornadas Internacionales de Investigación y Debate Político

(VII Jornadas de Investigación Histórico Social)

“Proletarios del mundo, uníos”

Buenos Aires, del 30/10 al 1/11 de 2008

América Latina frente a la crisis internacional

Esteban Mercantante

estebanmercantante@gmail.com

Martin Noda

martinnoda@gmail.com

Instituto del Pensamiento Socialista *Karl Marx*

América Latina ha transitado en el último lustro una etapa que, tanto por las condiciones económicas como por la orientación política, ha tenido un signo distinto al de los ‘90. Pero más allá de los objetivos enunciados por los recambios gubernamentales, que se han proclamado desde “neodesarrollistas” hasta “socialistas”, no implementaron políticas que jugaran un rol importante en el crecimiento económico. Este se explica en realidad, en todos los casos, por factores externos. No han cambiado (ni se lo han propuesto) las condiciones estructurales y su orientación respecto de las aspiraciones populares ha sido principalmente la contención de las mismas, aprovechando la bonanza económica para hacer algunas concesiones, pero sin tocar lo fundamental de las transformaciones hechas por la ofensiva neoliberal, y sin revertir la fuerte polarización de ingresos.

Sin embargo existe un debate abierto sobre la perspectiva que estos gobiernos podrían significar para avanzar en transformaciones de contenido socialista. Hay distintos sectores de la izquierda, política e intelectual, que apoyan a estos gobiernos, sobre todo a partir de los distintos ataques que reciben estos gobiernos por la derecha, impulsada u organizada por los EEUU. Hay quienes apoyan a estos gobiernos por considerarlos solo el “mal menor”, y otros simplemente porque ven en ellos la posibilidad de que sean el puntapié inicial para la construcción del socialismo en América Latina. Lo común en estas posiciones es que se comparte la idea de un proceso largo, acumulativo, evolutivo, que conduce al socialismo. No sólo de tiempos largos políticos, sino económicos. Lo llamativo es que a pesar de la crisis en

curso, muchos todavía sostienen que el proceso de “transformación” que supuestamente habrían iniciado estos gobiernos podría sostenerse. Por eso su empeño está dirigido a poner límites a la crisis en curso o a plantear ya las posibilidades de un futuro equilibrio, distinto al actual, pero equilibrio en fin. Por como mostraremos, la crisis mundial en curso amenaza con significar un golpe mortal a una organización del conjunto de la producción mundial en la que EEUU actuaba como el consumidor en última instancia. Lejos del mentado desacople, estamos encontrando múltiples vías de propagación de la crisis, que están significando destrucción de valores financieros y crisis económica en todo el mundo. Por eso, más allá de las ilusiones del desacople, esta crisis amenaza tener fuertes impactos en la región, probablemente revertirá los mínimos cambios ocurridos en los últimos cinco años. Como mostraremos, esto amenaza con mostrar la base endeble de los gobiernos “progresistas” que gobiernan la región.

La crisis en curso: una crisis sistémica del capitalismo

Son muchos los que han culpado de la crisis a la desregulación del sistema financiero, a la posibilidad de emitir títulos por las hipotecas, por haber habilitado a los bancos de inversión a comprarlos. Todos estos factores sin duda han jugado un rol como mecanismos de la crisis, y en haber creado una burbuja sin precedentes. Pero todas estas iniciativas han jugado un rol clave para generar oportunidades de inversión rentable. Actuaron como un escape a una crisis de sobreacumulación de los 70s, de la cual el capitalismo logró recuperarse gracias a un aumento de la explotación del trabajo y la avanzada sobre ramas o regiones que estaban fuera de la órbita capitalista, pero sin que se recompusieran cualitativamente las oportunidades de inversión rentable. Se trata de una crisis del capitalismo, no sólo del neoliberalismo, ya que la crisis financiera está minando la vía que fue clave para que las ganancias pudieran recuperarse en las últimas décadas.

Los factores que se encuentran en el origen de la crisis, como el desarrollo de la banca de inversión y la securitización o titulización, fueron acciones para aumentar los rendimientos del capital invertido. La titulización universal que se generó en detrimento del rol intermediador de la antigua banca hacia una financiación más directa seguía la lógica de no estar atado a la gestión de los activos reales para buscar en forma permanente el mejor rendimiento. Mientras tanto vimos un aumento de la exposición al riesgo, incluso con una pequeña base de capital, y que gran parte de la expansión de productos y servicios financieros en los últimos cinco años encontraron su origen en transacciones entre entidades financieras, lo cual significa un brutal desarrollo del capital ficticio.

Es clara la estrecha vinculación entre el estado del capitalismo y la desregulación financiera si consideramos que en las últimas tres décadas, desde la crisis de mediados de los '70, el nivel de inversión bruta se mantiene muy bajo, mientras que el grueso de las ganancias empresarias ha alimentado un creci-

miento de la inversión financiera de más del 1.000% entre 1970 y 2006. La economía se recuperó en los 80s, pero como se evitó una fuerte desvalorización del capital, y se sostuvo a muchas empresas que estaban virtualmente quebradas, no se recuperaron completamente las posibilidades de inversión. Por eso la mayor ganancia, gracias al formidable aumento de la explotación del trabajo. El resultado de este proceso es una masa creciente de ganancias que no se reinvierten en la producción sino que son destinadas a nuevas inversiones financieras. Algunos cálculos dicen que mientras que la inversión de utilidades en la ampliación de la producción cayó ligeramente de 1980 a 2006, del 25% al 23% de la producción mundial, la reinversión de las utilidades en activos financieros creció 10 veces, pasando al 20% de la producción mundial.

Entonces, el primer motivo de la desregulación de las operaciones de las grandes corporaciones que está en los orígenes de la crisis, impulsada tanto por republicanos como demócratas, fue remover los límites legales a la obtención de ganancias y lograr niveles de riqueza cada vez más obscenos en manos de una oligarquía financiera, a la que ambos partidos responden.

Otro motivo central de los cambios en el sistema financiero fue aumentar la presión sobre la gestión de las empresas, aprobando o sancionando mediante la compra y venta de acciones el comportamiento de las mismas. Esto generó una mayor presión para el aumento de los rendimientos mediante incrementos de productividad y también mediante el aumento de la porción del valor producido que se transforma en dividendos empresarios; en suma, deprimiendo los salarios y acrecentando los ritmos de trabajo.

Por último otra fuente del crecimiento explosivo del capital ficticio está en el crecimiento de la deuda empresaria y del consumo. La crisis de los 70s, desembocó en años de estancamiento con inflación, y pudo ser superada sin grandes rupturas, pero a costa de potenciar el endeudamiento empresario. La intervención del estado evitó quiebras masivas, aunque hubo bancos y grandes empresas que desaparecieron. Sin embargo, como resultado de este proceso el stock acumulado de la deuda norteamericana creció de un mero 163% del PBN en 1980 a 346% en 2007. Un crecimiento formidable. Dos sectores de la economía fueron los principales responsables de esta escalada: los hogares, cuya deuda trepó de un 50% en 1980 a 71% en 2000 y a 100% en 2007 y el sector financiero, cuyo endeudamiento creció de sólo un 27% del PBN en 1980 a 83% en 2000 y a 116% en 2007. En el caso de las deudas de los hogares, tiene bastante que ver con la caída de los ingresos salariales.

Esta explosión de la circulación de activos financieros va en paralelo a la búsqueda desenfrenada de las oportunidades de obtener rentabilidades superiores al promedio. Esto se dio por ejemplo en los '90 con la "nueva economía" en EE.UU., o con las oportunidades generadas por la economía China. Lo que sucede es que estas oportunidades alimentan expectativas irreales en las posibles ganancias, y la masa creciente de plusvalía no acumulada se invierte masivamente en todo sector o activo que realice tales

promesas, disparando sus cotizaciones. El proceso por el cual se ha acrecentado el monto de capital financiero, que como vemos está estrechamente ligado a las condiciones del capital productivo, conduce permanentemente a la generación de burbujas, con los resultados catastróficos que presenciamos en las últimas décadas en toda la periferia capitalista, y ahora está afectando a la principal potencia económica. Esto es lo que empujó la burbuja en el negocio inmobiliario en EE.UU., basado en el crédito barato y la liberación de restricciones impulsada por Greenspan para las hipotecas. El optimismo respecto a los precios inmobiliarios generó un desenfreno en el comercio de los títulos de deudas, lo cual dio un mayor incentivo a la generación de los novedosos instrumentos financieros.

Las ganancias fueron extraordinarias, pero a costa de un endeudamiento colosal que se fue convirtiendo más y más en el combustible o la fuerza motora del crecimiento, llevando el crecimiento de capital ficticio a niveles exorbitantes. El crecimiento acelerado del capital financiero en busca de valorización, aunque exista la ilusión de que pueda actuar como una fuente de enriquecimiento autónomo, no hace más que generar ganancia mediante una punción operada sobre la plusvalía. Es decir que el monto acrecentado de capital financiero no logra desembarazarse de los límites estrechos de la explotación del trabajo. El crecimiento de las cotizaciones, la inversión mediante apalancamiento, el endeudamiento de las empresas, debe tener un correlato en las posibilidades de generación de plusvalía.

Mientras todo iba bien, el mecanismo se retroalimentaba, la demanda de activos impulsada por la alta liquidez empujaba las cotizaciones y los precios de las viviendas, y facilitaba las posibilidades de endeudarse; pueden entonces efectivizarse ganancias formidables. Pero tarde o temprano, la desvinculación creciente entre los activos totales y la fuente de ganancia estalla por sus eslabones débiles. En este caso por la insolvencia de los deudores hipotecarios menos solventes. Pero esto puso en evidencia que estábamos ante un proceso de creación de riqueza financiera sin correlato con la extracción de plusvalía, y que por ende la perspectiva era una masiva destrucción de riqueza social.

Por esta estrecha vinculación entre las dificultades para la acumulación rentable y el crecimiento del capital ficticio, es que sostengamos que la causa de la crisis está en el capitalismo mismo. En última instancia, el proceso de aumento de la explotación, aumento de la inversión financiera y generación de burbujas, ha sido una larga fuga hacia adelante, donde el capitalismo logró recuperarse de la crisis pero las contradicciones que empujaron a la misma sólo fueron resueltas de manera parcial. La crisis en curso evidencia esto descarnadamente, mediante la formidable liquidación de capitales que se viene produciendo. Por eso el choque con la realidad es tan duro y amenaza con llevarse puesto al hipertrofiado sistema financiero generado durante todos estos años.

La crisis en curso devuelve a la superficie una situación de sobreacumulación generalizada, que no se puede seguir resolviendo en fuga hacia delante como fue con el neoliberalismo. Hoy queda en eviden-

cia que a pesar de las enormes posibilidades de enriquecimiento permitidas en estas décadas a costa de los trabajadores y los sectores populares, las profundas contradicciones que empezaron a aquejar a la economía mundial desde los 70s fueron mucho más pospuestas que resueltas. La crisis actual ha puesto sobre la picota esta forma de crecimiento que tuvo EEUU, cuando se agotaron los efectos benéficos del boom de la posguerra.

Queda preguntarse, ¿que efectos tendrá esta crisis sobre el crecimiento de la economía mundial? Lo primero es que la interconexión entre las instituciones financieras está haciendo que la crisis impacte en todo el mundo. Parece ya bastante claro que esta crisis está golpeando, y lo va a hacer aún más, a un pilar clave de la bonanza de los últimos años, el consumo norteamericano en base al endeudamiento, que a la vez se apoyaba en el efecto riqueza que generaba la suba de los activos financieros y los inmuebles. Esto va a impactar agudamente, especialmente en los países asiáticos en los que se localizaron las multinacionales en gran medida para exportar a Estados Unidos, pero también ya está golpeando en México y Brasil.

¿Pueden las medidas que está tomando el gobierno norteamericano poner coto a la crisis? El plan de salvataje no parece estar a la altura de la crisis. Mientras que se calcula que los “activos tóxicos” rondan los 5 billones de dólares, el plan no contempla ni un quinto de este gasto. Por otra parte, este plan no devolverá la solvencia a los bancos (salvo que los títulos se compren muy por encima del valor de mercado) ni pondrá límite a la depresión del sector inmobiliario que día a día hace entrar a más deudores en la insolvencia. Claro que no puede descartarse que a este plan lo sigan medidas más audaces, que en vez de poner el acento en salvar a los bancos y mantener el valor de sus activos, reduzca la carga de las deudas, en consonancia con la desvalorización de las propiedades. Sin embargo, ya varios han sostenido que eso no alcanzaría para frenar las tendencias depresivas.

Otro resultado de esta crisis, es un nuevo severo golpe a la situación de la hegemonía norteamericana. Los propios costes en los que está incurriendo para hacer frente a la crisis, están volviendo un hecho factible, aunque quizás no en lo inmediato, la quiebra del estado norteamericano. Aunque las propias convulsiones de la crisis y la desconfianza en todos los activos están empujando a todos los inversores hacia el dólar y los bonos del tesoro norteamericano, lo cual ha llevado a la revaluación del dólar, esto no significa que los inversores, y sobre todo los bancos centrales que vienen llenándose de reservas en dólar, empiecen a evaluar como deuda subprime la del propio tesoro norteamericano. Estaríamos entonces frente a una situación inédita: estados unidos vería fuertemente restringida la posibilidad de manejar su política monetaria y el dólar sometido a una fuerte devaluación.

Sin embargo, no puede pensarse este escenario como desarrollándose gradualmente. Estados unidos no va a observar pacíficamente cómo se acelera el retroceso de su protagonismo en el mundo. No puede

ser reemplazada por otra potencia hegemónica sin que antes se sucedan fuertes convulsiones económicas, políticas y sociales de una magnitud muy superior a lo que estamos empezando a ver.

Esto, y las tensiones entre clases que se agudizarán por los costos de esta crisis traerá, que por primera vez en décadas se expresarán de forma sistémica y no como sucedió con las crisis que se suceden desde los 80s, nos permite prever que entraremos en una situación en la que se sucederán crisis, guerras y revoluciones una manera que no hemos visto en décadas. Por eso, sin caer en un catastrofismo alegre pero sin tampoco ponerle límites a una crisis muy profunda, hay que prepararse para grandes oportunidades de intervención revolucionaria. Es en este marco convulsivo que debemos mirar cómo llega América Latina a este cambio de panorama.

América Latina 2003-2007: Claroscuros del ciclo de crecimiento

En el período 2003-2007 los países de América Latina y el Caribe crecieron a un ritmo promedio por encima del 4%, que para 2008 se estima podría llegar a 4,7 %, una ligera caída respecto del 5,7% registrado en 2007. El ascenso de los últimos cinco años permitió a la región recuperarse de la fase recesiva de 1997-2002, que incluyó graves crisis económico-financieras como la que puso a Brasil en el ‘98, la larga crisis de Ecuador, o el hundimiento de la “convertibilidad” en Argentina; y alcanzar tasas de incremento del PBI superiores incluso a los primeros años de los ‘90.

Esto ha sido acompañado de “estabilidad de las variables macroeconómicas clave, como muestran las balanzas comerciales favorables (las exportaciones están cerca de haberse duplicado y el superávit comercial se triplicó en el mismo período), las altas reservas de divisas y los bajos porcentajes de inflación (aunque con una tendencia actual a crecer, sobre todo en países como Argentina y Venezuela), mientras que en general, se mantuvieron las restricciones al gasto público características de la “austeridad fiscal” impuesta en las últimas décadas, por lo que “a diferencia de lo que era habitual en períodos de expansión económica, el gasto público no se incrementó paralelamente a la generalizada recuperación de los ingresos fiscales, al menos en el inicio de la actual fase de crecimiento” (CEPAL 2007a).

Las principales fuentes del crecimiento regional se hallan en el “flanco externo”, es decir, en una coyuntura internacional favorable. A diferencia de los ‘90, ésta no gira en torno a la afluencia de capitales atraídos por la “apertura”, las privatizaciones y las bolsas de los flamantes “mercados emergentes”, sino en torno a la valorización mundial de las materias primas y los energéticos y en el caso de México y Centroamérica, a una mayor subordinación a las necesidades del mercado estadounidense.

La demanda mundial alimentada por el crecimiento norteamericano y la rápida expansión china generó en los últimos años un notable ascenso en los precios de los metales, como el cobre (que subió más del 300%), el zinc y otros, en el petróleo (que con oscilaciones, se acerca hoy a los 100 dólares el barril),

los productos forestales y las oleaginosas (soja) y aunque en menor medida y más recientemente, algunos cereales (arroz, maíz y trigo), incluso los precios del azúcar, el café y otros tienden a subir por causas diversas, como el alza de la caña de azúcar alentada por las expectativas más o menos creíbles en el futuro de los “agrocombustibles” como sucedáneos de un petróleo cada vez más caro.

Por ello, no sólo aumentaron en volumen y valor las exportaciones, sino que crece el saldo comercial favorable y mejoraron ostensiblemente los términos del intercambio. Así, sólo en 2006 la “coyuntura externa favorable permitió un aumento del 8,4% en el volumen de las exportaciones de la región –21% en su valor– y un alza en los precios de los principales productos de exportación, lo que se tradujo en una mejora del 7% en los términos de intercambio” (Martínez, 2006). Este alza no ha hecho más que profundizarse, especialmente desde mediados de 2007 hasta mediados de 2008. Pero la misma es, en gran medida, un episodio más de la crisis financiera en curso, y susceptible de una fuerte reversión en los próximos años. De todos modos, se ha traducido en una recomposición de gran magnitud de la renta agraria, minera y petrolera, fuente de ganancias extraordinarias para las transnacionales y los grandes grupos locales que controlan la tierra y los recursos, así como del alivio fiscal de varios países.

Adicionalmente, el conjunto de la expansión se apoya en los “éxitos” del capital durante el auge neoliberal: la “apertura” y “desregulación”, las condiciones de entrega al capital extranjero, las altas tasas de explotación de la fuerza laboral, condiciones generales que permitieron el “aprovechamiento” de esas oportunidades de alta rentabilidad y fácil acceso a los recursos naturales. Especialmente el costo laboral, se desplomó entre los últimos años de la década pasada y los primeros de esta, permitiendo un salto en la tasa de explotación que fue una base clave para el salto en la rentabilidad.

Sin embargo, los datos del “éxito” son muy relativos, y sus bases están lejos de la consistencia que permite conjeturar un crecimiento estable de largo plazo. Para empezar, el comportamiento de la economía latinoamericana no resulta tan bueno al compararla con el curso del conjunto de la economía mundial y con otras regiones de la periferia capitalista. Incluso en plena bonanza, la región continúa perdiendo peso relativo en el mercado mundial, mientras su rol en la división mundial del trabajo se torna más periférico.

En primer lugar, América latina es la región de la periferia de crecimiento más débil con excepción de África, pese a verse favorecida por los altos precios de las materias primas, el petróleo y los *commodities* que produce. “En 2004, su mejor año en dos décadas, la economía regional se expandió en un 5,5%. En contraste, India ha estado acumulando un crecimiento anual de 6% durante 15 años, y la economía de China ha crecido al 10% durante 25 años” (Hakim 2006). Según datos del Banco Mundial “el crecimiento de los países en desarrollo registró un aumento del 7,3% en 2006”, motorizado nuevamente

por China e India, mientras la economía mundial crecía un 4%, pero América Latina apenas estuvo por encima de este promedio, con un 4,6%.

En segundo lugar, continúa perdiendo terreno en una división mundial del trabajo que se caracteriza por los procesos de reconfiguración productiva, al calor de un papel cada vez más determinante de las transnacionales (que operan organizando la producción en cadenas de filiales y subcontratistas en todo el mundo) y una redistribución de ramas productivas que desplaza parte de la producción *standard*, más intensiva en mano de obra y menos compleja tecnológicamente a ciertos países de la periferia. El propio México, que en los '90 y al amparo del TLC-NAFTA, se perfilaba como una importante área de maquila para explotar la mano de obra barata en beneficio de los monopolios norteamericanos, está en fuerte desventaja frente a China, cuyos niveles de explotación laboral son extraordinarios.

Por eso muestra escaso dinamismo la inversión extranjera. “En 2006, los ingresos netos de IED en América Latina y el Caribe, sin incluir los principales centros financieros, llegaron a 72.440 millones de dólares. Este resultado, que es un 1,5% más elevado que el de 2005, confirma la estabilidad en el volumen de inversiones luego de la caída registrada a principios de la presente década. Esta estabilidad contrasta, no obstante, con el crecimiento de las corrientes mundiales de IED estimado en un 34%” (CEPAL 2007c). Aunque ha aumentado a un 2,3% del PBI en 2007, la IED en América latina se concentra en un puñado de países (Brasil, México, Colombia y Chile) y se orienta hacia actividades extractivas de recursos naturales, y determinados servicios como telefonía, energía y telecomunicaciones, además de unas pocas ramas industriales como la automotriz, ya presentes en la región y completamente dominadas por las transnacionales.

Dentro de este contexto, América Latina continúa profundizando el proceso de especialización como proveedora de materias primas y de determinados insumos industriales y bienes intermedios (en algunos nichos en los que su productividad resulta comparable a otros competidores de desarrollo medio de la propia periferia capitalista), especialmente en Sudamérica, mientras México y más secundariamente Centroamérica, juega un rol de proveedoras de mano de obra barata.

Entre el neoliberalismo tardío y el neodesarrollismo

Dando una mirada de conjunto, se ven dos grandes campos en la economía burguesa latinoamericana: los que defienden la continuidad del recetario neoliberal como única posibilidad de mantener un rumbo ascendente, en lo que podemos denominar “**neoliberalismo tardío**”; y los que plantean un “**neodesarrollismo**”, como “tercera vía” entre el viejo patrón de “sustitución de importaciones”, criticado por su corte nacionalista y sus “distorsiones populistas”, y el neoliberalismo.

Decimos “**neoliberalismo tardío**” porque las condiciones internacionales de inicios de los ’90 han cambiado y la propia ofensiva neoliberal ha perdido fuerza. Sus exponentes se alarman ante la “pérdida de una oportunidad histórica” que implicaría abandonar el camino de las “reformas estructurales” ahora que el crecimiento crearía la “*oportunidad de alcanzar*”, a las economías centrales, y se rasga las vestiduras ante el supuesto retorno del “Estado rentista” que gravaría improductivamente las ganancias del capital o asusta a la inversión extranjera. Su programa, a medida del inversores extranjeros, los especuladores y los agentes de las transnacionales, es impulsar la profundización de las reformas de mercado e institucionales, incluyendo nuevas privatizaciones, mayores concesiones al capital extranjero y demás medidas en pos de atraer al capital extranjero. Junto con ello, intentan profundizar la “apertura económica” y sellar acuerdos estratégicos comerciales –ya sea a través de los TLC con Estados Unidos y otros (como con la UE). Posiblemente el mejor ejemplo de esta orientación sean Colombia y algunos países centroamericanos. Sin embargo, Brasil presenta un caso especial, donde Lula, a pesar de su coqueteo discursivo con el neodesarrollismo y sus grandes anuncios, hereda y continúa aplicando el programa neoliberal aplicado por F.H. Cardoso.

Por otra parte, el “**neodesarrollismo**” responde a los intereses de los grandes grupos capitalistas afincados en la producción industrial, y se presenta como un intento de moderar las consecuencias negativas del neoliberalismo pero mantiene un alto grado de continuidad con sus políticas. No plantea revertir aspectos centrales de los planes neoliberales aplicados en la década anterior, como son las privatizaciones, la liberalización financiera, la “apertura económica” y las concesiones al capital extranjero. El “neodesarrollismo” no plantea revertir sino aprovechar las condiciones de explotación impuestas al trabajo: los bajos salarios, el recorte de las viejas conquistas obreras, la precarización laboral, junto a los altos niveles de desempleo, son la base para la alta rentabilidad del capital industrial cuya acumulación buscan vigorizar estos “neodesarrollistas”. Particularmente en Brasil y Argentina, los costos laborales cayeron a comienzos de la década en niveles superiores al 40%. A diferencia del de los años ‘50 y ‘60, no se trata de negociar el ingreso de capital extranjero preservándose espacios para el capital local y con fuerte intervención del Estado (el “nacional-desarrollismo” del que toman distancia los actuales ideólogos), sino que se parte del hecho de que en las últimas décadas las transnacionales ya han copado una gran parte de las economías locales y ocupan posiciones decisivas en la producción, los servicios y las finanzas, por lo que es con su concurso y en las actuales condiciones del capitalismo dependiente que aspiran a poner en práctica su programa los neodesarrollistas.

En líneas generales, el nuevo desarrollismo se limita a introducir cambios a nivel de las formas de regulación económica, ayudado por las condiciones económicas objetivas. Busca arbitrar los intereses del conjunto del capital, sin dejar de reconocer un amplio espacio al capital extranjero y apostando a “aso-

ciarlo” al desarrollo nacional, tratando de mejorar las perspectivas para la acumulación local. La vía para hacerlo es impulsar un “fortalecimiento del rol del Estado”, centralmente haciéndolo “socio” mediante impuestos o regalías de los sectores más favorecidos por la bonanza internacional para volcar una fracción de las ganancias extraordinarias ofrecidas por estos sectores –en gran medida gracias a la existencia de renta– para favorecer la acumulación en áreas menos competitivas, sumando otra fuente de ganancias para estos sectores que se viene a agregar a la disponibilidad de mano de obra calificada y más barata incluso que en los 90s.

Este es otro motivo que explica por qué lo limitado del empeño en revertir la desindustrialización relativa en países como Argentina. Lo limitado de las transformaciones estructurales está correlacionado con que su objetivo es favorecer a un conjunto limitado de actores que se manejan más en un marco continental que local, y que gracias a las prebendas que conservaron del estado y la ofensiva sobre el trabajo lograron sostener su competitividad a pesar del desmantelamiento de las regulaciones que protegían a la industria. Por eso este giro neodesarrollista se limita al manejo de variables de política económica como el tipo de cambio, las tasas de interés, etc, para lograr un “equilibrio” entre las burguesías locales, los capitalistas extranjeros y los actores ligados a las finanzas internacionales.

Desde ya que hay desigualdades entre países. En el caso argentino, la devaluación masiva y medidas como la renegociación de la deuda, las retenciones a las exportaciones agropecuarias, etc., han permitido arbitrar un reparto del excedente entre las grandes fracciones burguesas y las transnacionales más favorable a la acumulación local (aunque sin detener la “extranjerización” de la economía ni la enorme salida de recursos). Más a la izquierda, la política económica de estilo neodesarrollista con un discurso más nacionalista, aplicada en Bolivia por el MAS, parte de renegociar con las transnacionales la entrega del petróleo y los minerales tratando de retener parte de la renta mediante mayores impuestos y regalías, con el utópico programa de construir un “capitalismo andino”¹. El programa económico de Chávez en Venezuela, a pesar de la retórica antinorteamericana y nacionalista y las apelaciones al “socialismo del siglo XXI” tampoco va mucho más allá de poner límites a la enajenación de los hidrocarburos y tratar de retener una cuota mayor de la renta petrolera mediante una mayor intervención estatal, al tiempo que esforzarse por “asociar al desarrollo nacional” al capital extranjero.

Sin embargo, tanto los puntos de apoyo del ciclo de crecimiento, como las condiciones estructurales de atraso y dependencia que no han sido revertidos, muestran que este giro se ha dado en un plano más bien retórico, y han tenido poco efecto sobre el desenvolvimiento económico de la región. Como señalan economistas de orientación estructuralista: “aunque algunos gobiernos de izquierda o de centro han

¹ Es el contenido de la renegociación de 44 contratos petroleros con REPSOL-YPF, Petrobras, British Gas y entre otros, así como de la privatización del hierro de El Mutún a favor de la empresa india Jindal Steel.

intentado implementar alternativas al Consenso de Washington, la expansión económica latinoamericana desde 2002 no es resultado de políticas gubernamentales específicas” (Pérez Caldentey y Vernenego 2008). Esto es consecuencia de que estos gobiernos actúan como agentes de una burguesía que al calor del neoliberalismo, avanzó exponencialmente en su asociación con el capital imperialista.

Entre el discurso y la realidad: las burguesías latinoamericanas

Hemos visto el reverdecer de las ilusiones en las posibilidades de los capitalismos semicoloniales, como en Argentina, así como bloques de colaboración de clases de tinte más nacionalista como en Venezuela o Bolivia, bajo la lógica de subordinar a las clases subalternas a un programa hecho a la medida de la burguesía nacional. Sin embargo, estos realineamientos tienen bases poco sólidas en un continente oprimido por el enorme peso del capital extranjero, con enormes niveles de explotación de los trabajadores y que ostenta los mayores índices mundiales de desigualdad social.

En este marco, el “ingrediente esencial” que las alianzas neodesarrollistas y nacionalistas necesitan – una burguesía nacional “virtuosa”, dispuesta a cumplir la misión de asegurar el desarrollo nacional–, falla por la base, como surge de analizar el comportamiento de las clases dominantes de la región.

Es cierto que las fricciones y divisiones internas de la burguesía cruzan varios países de la región, como muestran los debates entre neoliberales y neodesarrollistas y las disputas en torno a medidas de política económica como las retenciones en Argentina, o la “pseudo-nacionalización” de los hidrocarburos en Bolivia, ejemplos donde los sectores industriales no vieron mal beneficiarse de un recorte de las ganancias siderales de las transnacionales o de los productores agrarios.

Sin embargo, en el último lustro no se alteró de manera significativa la composición de los bloques dominantes, donde conviven las fracciones industriales, agrarias y financieras de la gran burguesía local, con las camarillas representantes del capital extranjero, si bien han perdido algo de protagonismo los sectores más ligados a los fondos buitre que medraban a sus anchas en tiempos de los “mercados emergentes”. El peso del capital extranjero no se ha diluido sino que sigue una curva creciente, extendiendo su control a sectores decisivos de la industria, las finanzas, el *agrobusiness*, la minería y los servicios. En Argentina “el crecimiento de la extranjerización de la cúpula se da tanto en las empresas productoras de bienes como de servicios. [...] en el sector de la Construcción y la Minería representaban el 20% de las firmas en 1997 y pasaron al 75% en el 2005. En la industria manufacturera la extranjerización pasó de representar el 62,6% de las firmas en 1997 al 69,1% en el 2005. [...] Por su parte en los servicios los mayores saltos de extranjerización se dieron en Telecomunicaciones (pasó del 45,5% al 80%), en Comercio (del 48,3% al 56,7%), en Transporte (del 33,3% al 50%) y Energía, gas y agua (del 37,5% al 50%)” (Lozano, Raneri, y Raffo 2007). En los dos últimos años este proceso siguió ace-

leradamente. En plena prosperidad, tradicionales grupos empresariales como Bemberg y Fortabat se apresuraron a vender sus empresas a consorcios extranjeros, traspasando al exterior enormes masas de capital. Incluso en Brasil, donde la poderosa burguesía mantuvo históricamente un gran peso, la “extranjerización” de la economía ha continuado avanzando a buen paso bajo Lula, un “relevamiento hecho de las 500 mayores empresas indica que la participación del capital extranjero en el control accionario creció más de 5 puntos en diez años, a casi el 42% en 2006” (“Abril (1996-2003). As 500 maiores empresas por vendas”).

Si el peso creciente de las transnacionales es una expresión, en última instancia, de las poderosas tendencias a la centralización y concentración del capital, otra lo es el desarrollo de una élite de grandes empresas de capital local, los llamados “grandes grupos económicos locales” que acumularon un importante nivel de capital, controlan numerosas empresas y adquirieron posiciones monopólicas en algunos sectores de la economía. En los últimos años se ha acelerado el crecimiento de la “crema” de este sector local, constituyendo las denominadas “translatinas” al internacionalizar operaciones.

La expansión de las “translatinas” no expresa el desarrollo de una burguesía nacional dispuesta a competir con el capital extranjero en defensa de “intereses nacionales”, sino la creciente integración del gran capital local en la órbita de las transnacionales (lo que no niega que sufran la competencia del capital extranjero, mucho más poderoso, y tengan contradicciones con el mismo), con lo que su “base local” tiene cada vez menos importancia frente a sus intereses “globalizados” y las convierte aún más en una poderosa palanca de la semicolonización imperialista. La instalación de la siderúrgica CVRD en Canadá la hace “menos brasileña”, como Carlos Slim y CEMEX son cada día “menos mexicanos” al ampliar sus operaciones internacionalmente, y lo mismo puede decirse de Techint en Argentina.

Este proceso lleva no sólo a la liquidación de los grupos de capitalistas más débiles (como es más evidente en tiempos de crisis); sino también a una mayor subordinación al gran capital extranjero y local de los pequeños y medianos capitales sobrevivientes o que resurgen en los momentos de expansión. Además, la distancia que separa a esos capitalistas comerciales, industriales y agrarios intermedios y pequeños, de los grandes grupos económicos, las “translatinas” y las transnacionales, es sideral. La burguesía mediana y baja depende estos grupos en todos los niveles: mercado al que proveen de materia prima o piezas y partes, consumidores de sus insumos, tecnología, crédito, etc.

Algunas prédicas oficiales convocan, como hace Kirchner en Argentina, a “reconstruir una burguesía nacional”, de la mano de los grandes grupos como Techint y Arcor; o como hace el MAS en Bolivia, apelando a los pequeños y medianos productores para edificar un “capitalismo andino”. Pero ni “por arriba” (con el desarrollo de las “translatinas”) ni por abajo” (apostando al resurgir de las Pymes) puede hablarse del renacimiento de una burguesía nacional capaz de cumplir un papel progresivo.

A la luz de los hechos, la pregunta de si “¿existe en la actualidad, entonces, la posibilidad de desarrollar una burguesía nacional dinámica reduciendo el espacio para las conductas rentistas, en una economía local muy trasnacionalizada?”(Zaiat, S/f), no tiene respuesta positiva. A tal punto, que buscando afanosos una burguesía nacional emprendedora, “schumpeteriana”, los reformistas y populistas deben resignarse a utilizar el Estado para gobernar por ella y “guiarla”, como si fuera posible ponerle ortopedia desde el poder político para construir en su nombre “otro capitalismo posible y humano”, llámesel “capitalismo en serio”, “socialismo con empresarios” o “capitalismo andino”.

La burguesía nacional “realmente existente” (y no la imaginada por nacionalistas, stalinistas y maoístas) puede tener roces menores y apoyar cambios “neodesarrollistas”, alterando un poco la balanza a favor de los productores frente a los financieros, pero sobre la base de la explotación obrera y miseria popular, consolidando los negocios de los grandes grupos capitalistas en alianza con las transnacionales y sin dejar de colaborar con el imperialismo. Aunque los explotadores “productivos” locales puedan tener fricciones frente a las presiones internacionales, aunque formen hasta cierto punto una clase “semioprimida” (Trotsky) como parte de la nación semicolonizada, la burguesía es la más antinacional de las clases nacionales. Esas contradicciones eventuales, son hoy, a comienzos del siglo XXI, mucho menores y más “reabsorbibles” que la necesidad de integrarse en los flujos del mercado mundial, de maximizar para eso la extracción de plusvalía de “sus” obreros, y de resguardarse en brazos del imperialismo ante el temor a que los antagonismos sociales hagan estallar la lucha de los explotados.

Un flanco siempre débil: la cuenta de capital

Aunque la posición externa de los países latinoamericanos ha mejorado notablemente con respecto a las críticas situaciones de los ‘90, la balanza financiera sigue siendo negativa si se excluye la inversión extranjera directa. Algo a remarcar es que en pleno crecimiento continuó y hasta aumentó la gigantesca transferencia de recursos al exterior, que sólo en 2005 llegó a 67.500 millones de dólares. Un estudio reciente señala que “América latina ha transferido recursos al resto del mundo, y dicha transferencia es equivalente a un 1.6% del Producto Bruto Regional. Es interesante notar que dicha transferencia de recursos durante el ‘período de boom’ es más del doble de la transferencia de recursos durante la ‘década perdida’ [de los ‘80]” (Pérez Caldentey y Vernengo 2008). Dentro del total, los países exportadores de commodities transfirieron un flujo de recursos al resto del mundo equivalente al 5% de su PBI.

Dentro de esta enorme y creciente sangría de recursos se combinan el servicio de la deuda externa pública y privada, la repatriación de utilidades, pagos por servicios, patentes y *royalties*, etc. De conjunto son expresión del enorme peso de los mecanismos por los que la plusvalía generada en los países latinoamericanos es expoliada, y que no han sido revertidos por los gobiernos autoproclamados “neodesa-

rrrollistas” o “socialistas”. También se agrega a esto la creciente salida de capitales locales al exterior, tanto hacia los circuitos financieros, como para inversión directa en otras partes del mundo.

Aunque el peso de la deuda externa ha disminuido en términos absolutos (de 761 mil millones, a 656 mil millones de dólares) y más claramente en términos relativos (del 43% del PBG en 2002-2003 a un 26,7% en 2005), ésta sigue siendo una gravosa hipoteca y significa una constante sangría del plusvalor regional. Por otra parte, esta reducción ha tenido como correlato un fuerte aumento de la deuda pública interna. En Brasil, es 8 veces mayor a la deuda pública externa, y ha crecido un 40% entre 2006 y 2008. Otro fenómeno importante es el rápido aumento de la salida de ganancias por las transnacionales. Las remesas de utilidades de filiales de empresas extrajeras a sus casas matrices, que entre 1991 y 2000 habían promediado un 0,6% del PBI para Sudamérica y un 0,5% para México y Centroamérica, se ha elevado aceleradamente saltando en 2006 a 2,7% y 0,9% respectivamente, proceso alimentado por el “alza de los precios de algunos productos básicos y al hecho de que, en muchos casos, la explotación de recursos naturales está en manos de empresas extranjeras” (CEPAL 2007a). Este proceso se está acelerando al calor del agotamiento de los factores que permitieron el crecimiento exponencial en la rentabilidad, como la suba de los costos laborales.

Entre ambos rubros –servicio de la deuda y pago de utilidades empresariales– alimentan una enorme salida de recursos, una verdadera “exportación masiva de capitales”, que sigue consumiendo más de un 15% de los ingresos anuales por exportaciones.

Al mismo tiempo América latina cobra importancia como fuente de inversiones que se dirigen a otras regiones –es decir, de capitales acumulados localmente que no encuentran oportunidades de valorización y buscan otros horizontes, destacándose esta dinámica las “translatinas”. En 2006, dichas inversiones “alcanzaron valores sin precedentes [de] 40.620 millones de dólares, cifra que duplica con creces el valor del año anterior” (CEPAL 2007c). Algunas de las operaciones involucradas son de grandes dimensiones, como la compra por Vale do Rio Doce (Brasileña) de Inco Ltd. (Canadá) en 16.727 millones de dólares; la adquisición por Techint (Argentina) de Maverick (EE.UU.) en 2.390 millones; o la compra, concretada en abril de 2007, de la australiana Rinker por CEMEX (México) en 14.627 millones. Una parte importante de las operaciones son al interior de la región, pero estos datos son ilustrativos de una tendencia: la de los grandes grupos locales a exportar capitales. Por ello, aunque “Las entradas de IED en la región crecieron un 2%, puesto que ascendieron a unos 72.000 millones de dólares. Sin embargo, la cuantiosa corriente de inversiones directas de la región en el exterior, de unos 42.000 millones de dólares, se tradujo en un descenso del 43% de la IED neta en 2006.” (CEPAL 2007a). De conjunto opera un colosal proceso que sustrae gran parte del ”excedente” latinoamericano reunido gracias a las altas tasas de plusvalía obtenidas del trabajo local, así como de la renta agraria, minera y

energética que se ha reconstituido en los últimos años, para inyectarlo en otras regiones vistas con futuro más promisorio, seguro y rentable.

Estos datos ratifican el peso decisivo que ocupan las transnacionales en Latinoamérica. Éstas mantienen el control de la mayor parte de los sectores estratégicos, salvo algunos núcleos donde su participación, sin embargo, está lejos de ser secundaria, como el petróleo en México, Venezuela o Brasil. Las transnacionales que copan la industria, la energía, etc, y el capital financiero que acude a América Latina (si bien ahora con menor caudal), comparten papeles en la determinación de la dinámica de la acumulación regional, orientados por sus intereses y dificultades en la arena mundial, donde las tendencias a la sobreproducción y sobreacumulación, y la necesidad de maximizar rentas allí donde pueden para equilibrar sus operaciones, son definitorios de su comportamiento en el área latinoamericana.

Ganancias extraordinarias y débil inversión

La tendencia a la salida masiva de recursos en plena bonanza económica expresa una contradicción entre las colosales ganancias de las grandes empresas, y la política de las mismas, que no lleva a realizar profundas ampliaciones de sus negocios en la región. Según CEPAL, “la baja inversión ha limitado el crecimiento, esencialmente en vista de que la formación bruta de capital es una de las principales fuentes de productividad y crecimiento económico en la región. Las tasas de inversión de América Latina son las más bajas de todas las regiones” (CEPAL 2007a).

Y esto, aunque “en el último trienio la tasa de crecimiento de la inversión bruta fija superó el 12% anual, en tanto que la contribución de la inversión en maquinaria y equipos al alza de la formación bruta de capital fue la más alta desde 1990 hasta la fecha, puesto que superó el 56%”(CEPAL 2007a); aumento que parece deberse al efecto de recuperación tras largos años de estancamiento y recesión, al dinamismo del sector exportador y a la recomposición de algunos sectores de la producción para el mercado interno. Durante 2007 llegó a un 21,1% como proporción del PIB, y según la CEPAL “aún no sobrepasa los máximos históricos” (CEPAL 2008).

De hecho, la insuficiencia de la inversión pública y privada actúa como un freno no despreciable para la expansión, pues implica un retraso general en las inversiones esenciales para asegurar las “condiciones generales de la acumulación” (infraestructura caminera, de transportes y de servicios, energía, etc.), tanto como para aumentar la producción. Esto ya provoca diversos “cuellos de botella”, siendo un claro ejemplo la crisis energética del Cono Sur que afecta sobre todo en invierno a la industria y los hogares de Chile, Argentina, Bolivia, etc.

Polarización del consumo interno

Durante la expansión del último lustro se ha producido una importante recuperación de los mercados internos, tras años de postración e incluso retroceso. Esta recomposición se refleja en que “la demanda interna de los países de la región se elevó un 7,1% en el 2006, lo que representa una mejora con respecto a las cifras registradas en 2005 y 2004 (5,5% y 6,2%, respectivamente). El aumento derivado de la aceleración de la formación bruta de capital fijo (13,4%) y, en menor medida, por el alza del consumo (6%), respondió a la significativa expansión del crédito bancario al sector privado” (CEPAL 2007a).

Pero este aumento de la capacidad de consumo está basado sobre todo en los estratos altos y medio-altos de la población, mientras que el consumo de las masas trabajadoras sigue siendo muy bajo. Según la CEPAL, en 2007 el salario real aumentó en la región apenas un 1,1%, mientras que en algunos países como Argentina, a pesar de los fuertes aumentos nominales, distintas estimaciones señalan que el salario real ha caído². Es que pese a la bonanza y las promesas gubernamentales, el enorme grado de concentración de los ingresos ha variado muy poco en los últimos años. Al mismo tiempo, más de 200 millones de latinoamericanos viven bajo la “línea de pobreza”, la mitad de ellos, en condiciones de “extrema pobreza”, mientras que en el otro extremo de la escala social, un puñado de multimillonarios integra la lista de los burgueses más ricos del mundo, como el mexicano Carlos Slim.

Este cuadro de brutal polarización económica y social típico del capitalismo semicolonial exacerbía al extremo el antagonismo entre el capital y el trabajo, entre las necesidades de la población latinoamericana y el entreguismo, conservadurismo y parasitismo de la clase dominante.

Además, como la “extranjerización del excedente” –como gusta decir García Linera–, succiona una parte importante de los recursos disponibles; y se mantienen los bajos niveles salariales y la restricción al consumo de las masas que deprimen las posibilidades del mercado interno, la recomposición del mismo tiene severos límites una vez restablecidos los índices anteriores a la crisis.

Por otra parte, en las condiciones de “apertura” de las economías latinoamericanas no es de extrañar que esta recuperación el mercado interno se traduzca en una entrega de parte creciente del mismo a la producción extranjera. Esto se expresa en una importante aumento de las importaciones que casi duplica al ritmo de las ventas al exterior: “impulsadas por el aumento del nivel de actividad y por una significativa apreciación cambiaria, las importaciones vienen elevándose a un ritmo anual equivalente al 13% en términos reales (19% anual en América del Sur)” (CEPAL 2007a), y que por tanto, va reduciendo los márgenes de superávit comercial.

Impacto de la crisis mundial: primer acto

²

Ver *EconoCrítica* nº 1.

Mientras en la región se hablaba desde mediados de 2007 de las posibilidades de desacople de la crisis internacional en ciernes, los primeros efectos de la misma empezaban a sentirse. El propio crecimiento en condiciones de altos precios de exportación y lenta subida de la capacidad productiva y de la productividad; junto a las ataduras financieras y cambiarias a un dólar que se debilita ostensiblemente, generaron una presión a la revaluación y a la inflación. Esto se expresó en la creciente tensión entre los precios internacionales y los precios internos, con una “apreciación del tipo de cambio real, que afecta sobre todo a algunos países de América del Sur y comienza a despertar preocupación debido a que empieza a observarse una importante pérdida de dinamismo de las exportaciones” (CEPAL 2007a).

Esto encendía una señal de alarma en la CEPAL: “al mismo tiempo que genera rentas a algunos sectores, disminuye considerablemente la rentabilidad de otros, impidiéndoles competir en los mercados internacionales, como puede ocurrir con amplios segmentos de la industria. Esta situación [...] puede restringir el crecimiento cuando el sector perjudicado tiene características que lo hacen clave, tales como un mayor dinamismo, mayores encadenamientos productivos, economías de escala y externalidades” (CEPAL 2007a).

El autor brasileño Bresser-Pereira advierte que hoy “la mejora en los términos del intercambio no se produce por el avance en la sustitución de importaciones debida a la industrialización de las economías, sino por el cambio de tendencia de los precios internacionales de los productos de exportación tradicionales de la región. Esta tendencia puede tener un efecto perverso en la estructura de la producción y las exportaciones: el aumento en los precios de exportación determina una mejora inmediata en los ingresos externos, pero establece un sistema de precios relativos que estimula la especialización primaria en detrimento de las manufacturas” (Bresser Pererira 2007).

Más que producirse una “reprimarización” lisa y llana de las economías latinoamericanas, lo que esto produce es un desarrollo desigual y combinado más polarizado y plagado de contradicciones, con algunos “nichos” industriales altamente productivos y una mayor crisis del conjunto de la industria. Pero interesa aquí destacar que esa contradicción replantea las líneas de la pugna entre las distintas fracciones burguesas por la apropiación de la renta y el manejo de la política económica, minando el relativo “consenso” alcanzado con el crecimiento, donde ganaban todos. El caso más exacerbado de esto ha sido la Argentina, donde el impacto de las medidas para apropiarse de una parte mayor de la renta agraria (y subsidiariamente mitigar el impacto de los precios internacionales sobre los internos, para mitigar los impactos sobre el costo de vida, y por ende sobre los reclamos salariales que debía enfrentar la industria), generó una fuerte división al interior de los ganadores del crecimiento de los últimos años.

No es casual que los defensores de un programa neodesarrollista sean los más preocupados por esta dinámica que afecta al gran capital industrial –local y extranjero– ante competidores de peso en un mer-

cado internacional donde cada espacio es ferozmente disputado. Como gráficamente declaró un representante del grupo Techint: “Este año China producirá 416 millones de toneladas, 66 millones más que el año pasado. Ese excedente equivale a 12 veces la producción argentina o a toda la producción de América Latina. Entonces, lo que estamos discutiendo aquí es cómo evitar que el derrame de productos siderúrgicos de China por sobrecapacidad provoque un daño irreparable a la siderúrgica regional”³. La crisis alimentaria, que es vista por los grandes productores agropecuarios de la región como una gran oportunidad, ha exacerbado profundamente las tensiones sociales, como se ha visto descarnadamente en México, en Haití y en Perú. Mientras los grandes productores agropecuarios y las multinacionales que comercializan los granos aspiran a lucrar con el hambre, la gran burguesía industrial ve como eso impacta sobre su rentabilidad, y millones de trabajadores en todo el continente son arrojados a la carestía de vida. La política de los gobiernos de la región, que en el mejor de los casos fue de imponer impuestos para asociarse a la bonanza de los precios de los granos, no puede dar respuesta a las necesidades de los trabajadores y el pueblo pobre.

Impacto de la crisis mundial: segundo acto

El horizonte económico latinoamericano es mucho más complejo y cargado de nubes de tormenta de lo que instituciones y gobiernos están dispuestos a admitir. De hecho, y aunque el crecimiento pueda prolongarse un tiempo más, comienza a dibujarse un escenario de “fin de ciclo” y es difícil prever el impacto que tendría en la región una evolución negativa de la economía mundial.

La apertura de una crisis económica mundial de proporciones “sistémicas”, está comenzando a afectar a las economías latinoamericanas, no sólo a las bolsas y circuitos financieros, que recibieron el impacto de las caídas de Wall Street y otras bolsas mundiales, sino también en la “economía real”. Por ejemplo, las moderadas expectativas de crecimiento de México durante este año debieron ser corregidas a la baja, en el límite del 3%, y puede ser que desciendan aún más, en un efecto derivado directamente de las menores demandas de la industria y el consumo norteamericano que puede estarse extendiendo a otras economías de Centroamérica, puesto que la crisis inmobiliaria en EE.UU. golpea directamente a la industria de la construcción y el turismo en el propio México, Santo Domingo y todo el Caribe.

Por otra parte, mientras estamos viendo los coletazos que viene generando el alza de precios de los hidrocarburos, minerales y alimentos, que beneficia a varios países a la vez alimenta profundos desequilibrios y tensiones políticas crecientes, ya se empieza a ver la posibilidad de que se corte abruptamente este ciclo alcista, con lo cual la bonanza que atraviesa la región de paso a profundos desequilibrios en el balance externo, con el consiguiente impacto en el conjunto de las economías de la región.

³ Citado por Julio Sevares, op. cit.

Como hemos mostrado, la fragilidad frente a un escenario como éste no ha disminuido cualitativamente durante el crecimiento. A pesar de que gran parte de los países de la región han acumulado reservas – producto del superávit comercial- para hacer frente a situaciones adversas o corridas especulativas, las mismas no parecen suficientes para hacer frente a una situación de crisis aguda y sostenida.

Todo esto diferenciando entre las perspectivas inmediatas, donde el crecimiento puede prolongarse un tiempo más; y el horizonte a más largo plazo, donde las tendencias a la desestabilización económica podrían golpear duramente y los problemas para América Latina pueden ser mayúsculos. En la década previa, las contradicciones y crisis que se presentaron de manera contenida en el centro, emergieron catastróficamente en sectores de la periferia, golpeando a América latina con una cadena de crisis y estallidos financieros en varios países, desde el “tequilazo” de México en 1994-95 al derrumbe de la “Convertibilidad” argentina en el 2001, combinados con recesiones nacionales débilmente sincronizadas. Es posible que siga habiendo dinámicas muy desiguales, por ejemplo, entre los países que se apoyan en la renta petrolera y los que no, y distintas respuestas, por ejemplo, desde buscar la salvación en una mayor entrega al imperialismo en algunos países, a virajes más proteccionistas en otros.

Entre tanto, sin pretender anticipar los ritmos y formas en que el proceso económico se desarrolle, parece posible afirmar que el favorable escenario económico internacional en que se apoyó el crecimiento latinoamericano del último quinquenio está llegando a sus límites y probablemente cambie con rapidez. Parece factible concluir que el cenit de la curva cíclica ha pasado para las economías latinoamericanas, que hemos ingresado a un período de desestabilización económica.

Luchar por una alternativa socialista y revolucionaria en América Latina

Después de algunos años donde primaron el crecimiento económico y una relativa estabilización política en la mayoría de los países de América latina, el comienzo de la crisis económica internacional está modificando rápidamente el panorama. Los neodesarrollismos y “socialismos del siglo XXI”, como vimos, se mostraron incapaces de resolver las trabas derivadas de la situación de dependencia, y han sido administradores y redistribuidores de una bonanza cuyas causas hay que buscar en una coyuntura externa excepcional.

Por eso, dadas las brutales contradicciones estructurales que recorren la región, ni la “prosperidad” ni los recambios políticos “posneoliberales” y “nacional-populistas” de “contención” pudieron garantizar una estabilidad duradera. Ahora parece estar comenzando una nueva fase de “turbulencias” económicas y tensiones sociales y políticas. Si la burguesía no logra imponer un viraje reaccionario, posiblemente derive en un mayor desarrollo de la lucha de clases con una mayor intervención proletaria.

Los gobiernos autodenominados “neodesarrollistas” y “socialistas”, han profundizado la asociación estatal a la explotación de hidrocarburos y a los negocios agropecuarios y mineros por la vía de mayores impuestos, regalías y derechos de exportación. Y gracias a esto han podido desviar recursos cuyo principal origen es la mayor renta que generan los altos precios internacionales, hacia otros sectores burgueses (la gran industria), o dirigir mayores recursos a sectores sociales.

Se encuentran incluso por detrás de los gobiernos de tinte más nacionalista como el peronismo, o incluso de las políticas desarrollistas (como la impulsada por Arturo Frondizi) o cepalinas que generaron una mayor base industrial, aunque limitada porque era una industria con instalaciones obsoletas según los estándares tecnológicos más avanzados de la época, por lo tanto obligada a vender sólo en el mercado interno, y aparte con mayores costos por la sobrecapacidad en relación con este mercado.

Con los riesgos de la crisis mundial en curso, que amenaza con revertir íntegramente lo poco que estos gobiernos han cambiado en el panorama latinoamericano, vuelve a ponerse en evidencia las contradicciones que los proyectos de desarrollo –burgués– en Latinoamérica no pueden resolver: es imposible poner límites al atraso latinoamericano sin una profunda transformación de la apropiación de la riqueza, que sólo puede darse por una profunda transformación en las condiciones de la propiedad: las fuentes de renta, así como los sectores industriales que la aprovechan y las demás ramas estratégicas, deben sacarse del control de los oligarcas y el capital extranjero. Una apropiación íntegra de estos recursos, bajos el control de los trabajadores y los sectores populares, es la base para cualquier plan de mínimo desarrollo que no esté atado a los vaivenes de la situación internacional. Esto implica un salto en el cuestionamiento de la propiedad privada, de mayor envergadura de las tímidas nacionalizaciones impulsadas por Evo Morales o Hugo Chávez. Por eso, implica necesariamente ir más allá de los marcos de la propiedad capitalista.

Por eso, la única manera en la que pueden los trabajadores y sectores populares llevar adelante sus aspiraciones y encarar las tareas de emancipación nacional de las que defecionan los estados, es pasar del cuestionamiento al neoliberalismo, al cuestionamiento del capitalismo en su nueva fachada de gobiernos posneoliberales. Sólo de esta forma será posible no perder las mejoras que la bonanza económica ha permitido y lograr todo lo que ha sido negado por estos gobiernos que no han revertido los principales pilares de la ofensiva social del neoliberalismo en el continente.

Bibliografía

Bresser Pererira, Luiz Carlos (2007), “Estado y mercado en el nuevo desarrollismo”, en *Nueva Sociedad* N° 210, julio/agosto de 2007.

CEPAL (2008), *Estudio económico de América latina y el Caribe 2007-2008*, Santiago de Chile, 08/08.

- CEPAL (2007a), *Estudio económico de América Latina y el Caribe 2006-2007*, Santiago de Chile, 07/07.
- CEPAL (2007b), *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe– 2006*, Santiago de Chile, 03/07.
- CEPAL (2007c), “La inversión extranjera en América Latina y el caribe”, Santiago de Chile, 04/07.
- “Abril (1996-2003).As 500 maiores empresas por vendas”. *Exame. As maiores y melhores*, San Pablo, Abril 2003.
- Hakim, Peter (2006), “Is Washington losing Latin America?”, *Foreign Affairs*, enero/febrero de 2006.
- Lozano, Raneri, y Raffo (2007), “La cúpula empresaria argentina luego de la crisis: los cambios en el recorrido 19972005”, Informe del Instituto de Estudios y Formación (CTA), Bs As, noviembre 2007.
- Martínez, Mariana (2006), “Balance América Latina 2006”, *BBC Mundo*, 25/12/06.
- Pérez Caldentey, Esteban y Vernengo, Matías (2008), “Back to the Future: Latin America’s Current Development Strategy”, versión digital en IDEAS, www.networkideas.org, Agosto 2008.
- Trotsky (2007), “Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista”, en Escritos Latinoamericanos, CEIP-IPS, Bs. As., noviembre 2007.
- Valenzuela, María Elena y Rangel, Marta (Editoras) (2004), *Desigualdades entrecruzadas. Pobreza, Género, etnia y raza en América latina*, OIT, 2004.
- Zaiat, Alfredo (2006), “La burguesía nacional”, *Página/12*, Buenos Aires, 23/09/06.